

—LA FUERZA—
POR QUÉ LOS NOMBRES SON TAN
IMPORTANTES EN EL CAMINO

1

Y fue andando por los pinares con mis perros
como creo que aprendí a mirar,
pues el paisaje tiene mucho que ver
con deambular, con el camino, con el trayecto.

2

Parece que termina donde acabamos nosotros,
pero en realidad es allí donde empieza:
en esa prolongación nuestra en —el— entorno.

3

Saqué de mis paseos algunas enseñanzas básicas:
que cuando vas tienes que volver.
Que un obstáculo o bulto
puede llegar a sernos útil
como báculo, mojón o señal.

4

Así como que si no sabes los nombres
de los parajes que te rodean
terminarás por perderte.

5

Conocer es nombrar.

—EL MUNDO—
PROVERBIOS DE AGUA
(AFORISMOS EN TIEMPOS DE CRISIS)

1

Las nubes parecen escribir
sentencias de desánimo
en la pizarra gris
del cielo.
“Todo esto se veía venir”
—dice la lluvia
y contesta que sí
la gente—.

2

En los cristales de mi ventana
se deshacen los proverbios del agua
delante de unos jardines
a punto de desfallecer.

3

Un amigo me manda un libro de aforismos.
Y quiere saber mi opinión.
Confieso que estas “máximas mínimas” me incomodan.
(No en vano tuvieron en su origen una deriva y utilidad médicas).
Son para mí conchas en la arena,
que pueden guardar algo valioso o no esconder ya nada,
indicar meteoritos caídos o traernos vestigios de otro tiempo.

4

Me pregunto si mi amigo no escribe aforismos
—que son fragmentos de una vida—
ante el asesinato del relato en este siglo,
por la incapacidad de narrar nuestra tragedia.

5

Esta tarde melancólica,
en que asisto mudo al derrumbarse
silencioso
de muchos modestos mundos,
pienso que el aforismo es un buen género
para escribir frases desesperadas
en los cielos
del próximo Apocalipsis.

—EL CARRO
de los viajes—
FUNDIDO EN BLANCO

1

Como páginas de un libro
que hojeáramos deprisa
pasaron vertiginosamente los cielos,
las noches,
los abrazos,
las memorias.

2

Y creció el temor de no tener,
llegado un determinado momento,
ningún lugar al que regresar donde me esperen y reconozcan.

3

Hoy sé que la nieve que amenaza con caer
en la umbría ribera
apenas me traerá trozos de recuerdos
como pañuelos blancos.

4

Hace años atravesé barreras de nieve para volver a casa.
Crucé la blancura espectral de nueva York,
callejeé entre gélidas nieblas londinenses
y sobrevolé furiosas tormentas en las montañas de Iowa.

5

Pero llegó para mí el instante en que la nieve
cayendo
borraría todo lo que fui, todo lo que quise.

(En que el blanco sobre mis ojos
haría que se desvanecieran
las escenas más intensas de mi vida).

6

Hasta dejarme a solas conmigo mismo
en un albo paraje donde ya no habitara nadie.

7

Así que ruego al cielo que este fin de año no llegue a nevar.
No nieve ya nunca más sobre mis párpados cansados.

—LA ESTRELLA
sobre las cenizas—
EL MUÑECO DE NIEVE

1

Mi hija recogió los restos
del muñeco de nieve que construí con ella.

2

Un muñeco
que llegó a tener
apariencia humana
con su cabeza oblonga
y su cuerpo redondo;
las manoplas verdes
y el sombrero beige.

3

Era ya tan sólo un albo montón
y la niña ha llevado el cadáver al porche
para ver el tiempo
que estos restos aguantan
sin estar expuestos
a los rayos del sol.

4

Este acto tan simple parecía un ritual,
un entierro infantil
de ilusiones fugaces,
la despedida triste a un viejo compañero.

5

Y asomó en mi mirada
la antigua congoja
de esos días de otoño
que la memoria hieren,
de los atardeceres primaverales
en que se sepulta el amor.

(En una carretilla
va lo que queda del muñeco;
y en una caja mucho más pequeña
cabrían las cenizas de uno
cualquiera
de nosotros).

6

Veamos lo que resta
del fantasmón de nieve
mientras baja la noche
un telón de silencio.

7

Su masa gris,
sola ante las estrellas,
semeja extrañamente
—ahora—
el bulto de un cadáver
por enterrar.

—SOL—

UNA MODESTA HERMOSURA (O ASÍ
PASA LA BELLEZA A NUESTRO LADO)

1

Nunca olvidaré
a aquellos artesanos
que conocí
de niño.

2

Compartían conmigo su arcilla roja
—como quien comparte el pan—
para que hiciera monigotes
y otros cacharros
rudimentarios.

3

Pero, sobre todo,
compartían conmigo
la belleza.

4

No olvidaré tampoco
aquel júbilo
y la serenidad
que mi amigo el alfarero
transmitía
cuando sin dejar de darle al torno con su pie
iba amasando
con manos seguras
sus vasijas
como en un milagro.